

El gran corruptor

LLUÍS FOIX

LA VANGUARDIA, 29.10.09

Siempre es aconsejable en tiempos de tempestades hacerse atar al mástil del navío, tapar con cera las orejas de la marinería para que no oiga la seducción de los cantos de las sirenas que quieren que sus víctimas se aproximen para devorarlas. Ulises brilló más por su inteligencia que por su valentía. Llegó sano y salvo a Ítaca después de sortear los peligros del viaje de vuelta de Troya, narrado con gran belleza por Homero.

La tempestad que arrecia en forma de gota fría en Madrid, Valencia y Barcelona puede ocasionar grandes catástrofes. Soy de la opinión de que se tire de la manta hasta donde sea necesario y que la opacidad de muchas conductas sea conocida. Es mejor tener un diagnóstico de la enfermedad y entrar en quirófano que vivir con el mal en el cuerpo con el peligro de provocar una metástasis.

La verdad nunca hace daño. Y la libertad es la garantía del progreso de los pueblos, desde la Atenas de Pericles hasta los Estados Unidos de Nixon. Que se sepa todo y que la justicia actúe en consecuencia. No pasará nada negativo en este sentido.

Pero la vida política no puede estar expuesta a una judicialización permanente a pesar de que vayamos descubriendo que la corrupción política no es ocasional sino estructural.

En nombre de la seguridad jurídica garantista, Fèlix Millet, delincuente confeso, se pasea por las calles de Barcelona tras presentar una declaración de culpabilidad que puede ser un atenuante en el proceso.

Las garantías jurídicas no las entiende de la misma manera el juez Garzón, que desde su despacho de la Audiencia Nacional ordenó la detención de ocho sospechosos en Barcelona, los envió a pasar la primera noche en la comisaría y en las próximas horas emprenderán viaje a Madrid en un furgón policial para ser interrogados por el ínclito juez.

Pero el problema no son los autos erráticos del intrépido juez, sino los hechos delictivos que están siendo instruidos y que, lógicamente, tienen que ser conocidos y juzgados de acuerdo a derecho. Lo que me inquieta es la utilización política de la justicia.

Hubo un juez en Italia, Antonio Di Pietro, que se comprometió a limpiar el país transalpino de corruptos. En un momento concreto estaban encarcelados unos tres mil italianos entre los que se encontraban altos directivos, políticos corruptos, ex primeros ministros y las élites corruptas de la Italia de la posguerra. Cayó aquel sistema republicano, Bettino Craxi se exilió en el norte de África, Andreotti fue vilipendiado y el viejo edificio político se derrumbó. Desaparecieron los corruptos clásicos e irrumpió el gran corruptor, Silvio Berlusconi, que hoy gobierna Italia con demagogia y populismo. Es el más rico, controla los medios y preside el Gobierno. No hay quien le tosa. Los justicieros acabaron premiando al gran corruptor.